

las más de las veces no tienen otro objeto que expresar las diferentes emociones que los jugadores reciben con la pérdida ó la ganancia.

Pasado el año 1840, la caricatura tomó en Madrid gran incremento y fueron varios los periódicos que repartieron á sus suscritores láminas en que se hacia descaradamente burla de los gobiernos y de sus actos; á temporadas disfrutaban los dibujantes de más ó ménos libertad en la ejecucion de sus obras, y fácilmente podrá el lector suponer bajo qué dominaciones han podido trabajar los caricaturistas con ménos peligro. Ya sea porque los ministerios autoritarios han ocupado el poder mucho más tiempo que los liberales, y bajo ellos era fácil que un dibujo algo atrevido fuese castigado con un destierro á Fernando Póo; ya porque el renacimiento franco-clásico, que tuvo aquí numerosos partidarios, fuera enemigo de la sátira, lo cierto es que no podemos citar entre nuestros artistas contemporáneos un sólo caricaturista de verdadero mérito.

Un pintor hoy desconocido para muchos y que murió cuando mayores esperanzas se habian concebido sobre lo que llegaria á producir su génio verdaderamente extraordinario, Leonardo Alenza, es el único artista de nuestros dias cuyo nombre merezca citarse al tratar de la caricatura en España.

Pero Alenza, cuya genialidad se revela claramente en las obras que le sobrevivieron no llegó á trabajar lo suficiente para legar á la posteridad el fruto de una personalidad artística completamente formada. De sus composiciones serias no hemos de hablar aquí, y en cuanto á las de carácter cómico, aunque dejan traslucir las facultades extraordinarias de que su autor estaba dotado, no pasan de la categoría de juguetes improvisados en la mesa de un café ó en el reverso de una carta. Sus chispeantes escenas de costumbres, sus tipos de majos y manolas, sus figuras de paletos y mendigos retratan el Madrid de 1830 con tanta fidelidad como donaire y gracia, pero no son más que tipos muy bien dibujados, hermosos estudios del natural: no conocemos ninguna obra suya que tenga como caricatura verdadera importancia.

Nació en Madrid en 1807 y murió en 1845 siendo enterrado con la limosna de sus amigos que, viendo ya en el cementerio abierta para el artista la fosa comun en que terminan todas las angustias y los dolores de la pobreza, pagaron para el que hubiera

sido un segundo Goya, una sepultura humilde sobre cuya piedra pudo ponerse el nombre de Leonardo Alenza.

Entre los artistas que hoy cultivan la caricatura merece citarse Francisco Ortego. Sus obras son de todos conocidas y apreciadas; es un verdadero caricaturista que reúne á la verdad y la gracia una gran facilidad para dibujar y no poca intencion. Sus composiciones políticas y sus escenas de costumbres, los dibujos con que animó las columnas del *Gil Blas* antes y hasta poco despues de la revolucion de 1868, están en la memoria de todos y de buena gana recordáramos alguno para describirlo, pero fácilmente comprenderá por qué no lo hacemos quien conserve en la memoria cuál era el blanco á que asestaba sus tiros.

Al ver lo imcompleta y lo pobre de datos que aparece esta noticia de la caricatura en España, habrá quien piense que no ha existido en el nuestro como en otros pueblos ese instinto natural que hace al hombre buscar, hallar y poner de relieve el ridículo en que caen sus semejantes por sus vicios ó sus malas pasiones: lo que hay es que en España no se ha disfrutado nunca, ni tranquilamente, de aquella libertad necesaria para que la sátira dibujada se desarrolle y viva.

VIII

Digimos no há mucho que la caricatura era en Francia eminentemente social; así es en efecto. Los artistas franceses han empleado la sátira en pró ó en contra de determinadas soluciones políticas, cuando los problemas de la gobernacion del Estado lo han absorbido todo, pero durante aquellos períodos en que los espíritus se hallaban un tanto en calma, los satíricos de allende el Pirineo batallaron preferentemente contra las costumbres y los vicios sociales: mientras la política lo ha conmovido y agitado todo, el lápiz se ha puesto al servicio de las ideas modernas para fustigar los recuerdos de un pasado que la razon condena y el presente rechaza con toda la energia de sus fuerzas; mas apénas han pactado trégua los partidos, el sarcasmo y la burla han zaherido las preocupaciones, las malas costumbres y los vicios sociales, no en lo que de fundamental pueden tener sino en aquellas de sus manifestaciones más frecuentes. Así, por ejemplo, el or-

gullo nunca domado de la nobleza, las aspiraciones de la clase media, que despues de haber hecho la Revolucion, tiende á convertirse en clase privilegiada, la ignorancia del pueblo, han dado ocasiones y motivos á millares para que la sátira se ensañe con las absurdas etiquetas y ridículas preocupaciones de unos, con la servil imitacion que otros han hecho de ellas, y con la candidez ó la gracia que las últimas capas sociales tenían para admirar ó criticar cuanto veian y observaban. La antigua nobleza encastillándose en Bretaña y Normandía durante el primer imperio; la gente de sangre azul viviendo aislada en el Faubourg Saint Germain de París durante la monarquía de Julio; los burgueses tratando en ambas épocas de imitar lo mismo que habian derribado; el populacho que vitoreaba con igual facilidad á Bonaparte que á Luis XVIII, á Carlos X que á Luis Felipe, á Lamartine que á Napoleon III; la corrupcion que en todo tiempo hizo presa en los espíritus; los hábitos, los usos, las exageraciones de lo bueno, los defectos de lo malo en cuanto se refiere á la vida pública ó privada, todo esto ha inspirado á los caricaturistas franceses en lo que vá de siglo.

Y, á decir verdad, si los altos hechos y los grandes acontecimientos han tenido por cronistas ilustres historiadores, si los girondinos han tenido un Alfonso Lamartine, si el consulado y el imperio han tenido un Adolfo Thiers, si diez años de agitadas luchas políticas han sido magistralmente descritos por un Luis Blanc, si toda su historia patria ha tomado nueva vida con Michelet, tambien aquellos sucesos del dia, aquellas esperanzas del momento, aquellos desfallecimientos de cada hora, todo lo que por ser de su tiempo parecia exento de interés á los ojos de los más, fué condensado en miles de dibujos, estampas, litografias y grabados que, siendo fieles imágenes del cuadro que reflejaban, sirven hoy, y servirán siempre para el conocimiento de los años en que se produjeron. El porvenir apreciará todo lo grande de esa época por la tribuna que ilustraron Guizot, Thiers, Berrier y Manuel; por la poesía que inspiró á Víctor Hugo, Alfredo de Musset y Lamartine; por la prosa de Alejandro Dumas, Teófilo Gauthier, Balzac y Jorge Sand; é igualmente por Monnier, Daumier, Gavarni, Grandville, Pigal, Philipon, y Travies; podrá estudiar al dia la vida de esa sociedad tan perturbada, tan fecunda

en vigorosos arranques y horribles desfallecimientos. No es, pues, despreciable la obra del caricaturista: si los humildes artífices que en Grecia y en Etruria adornaron con figuras sus vasos y sus ánforas contribuyeron mucho á que hoy se conozcan los trages, usos y costumbres de su tiempo, lo mismo esos dibujantes que en la mesa de un café, en el saloncillo de un teatro ó en el cuarto de un actor trazaron sus apuntes y sus croquis, servirán algun dia para que el porvenir vea, como de cerca, todo lo que hoy constituye nuestro vário y heterogéneo presente. Y no se diga que el conocimiento de lo pequeño, por tal medio obtenido, quitará importancia alguna á lo grandioso; ántes al contrario, aquellos hombres que, nacidos entre medianías y nulidades, supieron por el talento ó por el génio sobreponerse á sus contemporáneos, serán tenidos en mayor estima, y más aplausos se les prodigarán cuando se sepa á ciencia cierta que brotaron, como flores entre arena, más por el propio impulso de su fuerza que por la proteccion que hallaron ó las facilidades que se les concedieron: tal poeta de sentimiento generoso y corazón entero, tal político de buena fe y conciencia honrada, brillarán doblemente cuando se diga que salieron de una turba de banqueros rapaces, comerciantes egoistas, soldados perturbadores y gentes sin otro Dios que su provecho ni más amigo que el dinero.

Al ocuparnos de la caricatura contemporánea parece como que sufre una modificacion la índole de estos *apuntes*: hasta aquí nuestro trabajo ha consistido en rebuscar dibujos satíricos de épocas no muy fecundas en ellos; ahora, la abundancia de obras es tal, son tantas las buenas, tan conocidas y apreciadas, que fuera impertinente y fatigoso ir describiendo una á una las caricaturas arrojadas á la circulacion en periódicos, albums y folletos desde hace algunos años. Además, al tratar de la Edad Media, del Renacimiento y la Revolucion hemos, no con pretensiones de enseñanza, sino á guisa de recuerdo, trazado un bosquejo de la época que inspiraba las caricaturas que describíamos; pero ahora, así como por ser éstas muchas y muy conocidas no las reseñamos una á una, tampoco nos detenemos á dibujar, siquiera sea á grandes rasgos, la fisonomía del período histórico en que vivimos y en que nos han precedido nuestros padres. El hacerlo, tendria por objeto razonar ó justificar los ataques que la carica-

tura contemporánea ha dirigido á determinadas instituciones, pero, ¿quién dejará de reconocer, sin agena advertencia, los infinitos puntos vulnerables que los hombres y las cosas de estos días presentan como blanco á los tiros de la sátira?

En Francia, que es el país que más caricaturas ha producido en los últimos cincuenta años, la sociedad gobernada por lo que hoy se llama clase media, ha dado al olvido, casi por completo, los ideales que antes defendiera y merced á cuya vitalidad logró sobreponerse á la corona, al clero y la nobleza. El que fué tercer estado, valido de su riqueza, fuerte por su instruccion y celoso de su supremacía, se opone, sin declararlo abiertamente, al advenimiento de nuevas capas sociales que exigen su intervencion en la vida pública y el reconocimiento de ciertos derechos. Lo mismo obraban contra la moderna burguesía los privilegiados antes de 1789. Pero es el caso, que aunque aquella resistencia de duques, príncipes y obispos fuera ridícula, tenia razon de ser, porque obedecia á su historia y estaba conforme con sus antecedentes; pero lo inconcebible, lo que no halla disculpa ni explicacion posible á los ojos de la razon, lo ridículo en alto grado, es que aquellos mismos que vejados y oprimidos combatieron por la libertad hasta alcanzarla se nieguen á conceder á los que hoy se encuentran en situacion análoga lo que ellos anhelaban antes de su triunfo. Podrá objetarse que actualmente el cuarto estado tiene francas todas las puertas y libres todos los caminos para conseguir sus propósitos, pero, ¿habrá quien se niegue á creer que, dados los tiempos, la condicion del proletariado es hoy peor, ó al menos tan mala como lo fué la de la clase media? Aparte lo que de injusta tiene tal conducta, ¿puede darse nada más ridículo?

Además, los señores y nobles de nuevo cuño, que adquieren mal y defienden peor lo torpemente adquirido, que con inteligencia y sin probidad ponen su ilustracion al servicio de la causa que más fácil remuneracion ofrece, los que piden á gritos un *déspota ilustrado*, los que diariamente nos amenazan con el *espectro de la anarquía* y los *horrores demagógicos*, han adoptado como suyos todos ó muchos de los errores que los antiguos privilegiados defendieron. ¿Qué más hace falta para que la sátira los persiga ó los hiera? Y si esto es en cuanto á lo fundamental de la

organizacion de la sociedad contemporánea, ¿qué diremos de las costumbres, de los tipos que cada día se nos ofrecen á la vista como personajes de una farsa que pudiera parecer risible á no ser despreciable? El noble arruinado que se enlaza con la hija de un tendero rico ofreciendo pergaminos á cambio de oro; el político que reniega de su pasado por gozar del presente; el militar que sin oler la pólvora llega á los más altos empleos de su profesion; el bolsista que sin otra ley que la del oro todo lo compra ó vende sin perder en nada; el candidato que hace distinta profesion de fé con cada nuevo ministerio; el gobernante sin merecimientos y el gobernado sin dignidad, ¿hay mejores motivos para inspirar á la caricatura? Las damas que ignoran ó aparentan ignorar dónde acaba la coquetería para dejar lugar á la licencia; los elegantes que de todo hacen gala mientras no sea corazon ó inteligencia; los maridos que nada ven cuando algo esperan; los artistas convertidos en mercaderes y los mercaderes de aficiones artísticas; los actores que valiendo poco cobran en razon inversa de lo que merecen; toda esa turba multa de gentes sin aspiracion noble, ni idea levantada, ni sentimiento generoso, ¿qué gentuza más digna de recibir en el rostro el latigazo de la sátira? Los libros de caballería tuvieron un Cervantes, las comunidades religiosas un Rabelais, los malos poetas de su tiempo un Boileau, la decadencia española un Villamediana y un Quevedo, la corrupcion británica un Hogart, la corte de Carlos IV un Goya; ¿en nuestra época no hay todavía voz que truene con bastante energía ni ingenio que señale con bastante gracia cuanto tenemos de risible ante la vista!

Así como la caricatura política se cultivó con preferencia en Inglaterra, y fué en España esencialmente popular y patriótica, en Francia, escepcion hecha de la época en que dominaron las ideas de la revolucion, ha revestido carácter social: pero hay tambien en la historia de la Francia contemporánea un período en que la caricatura se ha empleado como arma política, siendo habilísimamente manejada. Desde el año 1830 hasta 1848 todo lo que podia ser ridiculizado, la monarquía constitucional, gobierno revolucionario á los ojos de la reaccion y demasiado autoritario para los liberales, el Rey Luis Felipe, la Cámara de los Pares, las elecciones, la magistratura, fueron manjares sabrosos con

que regaló á la muchedumbre un periódico que tuvo extraordinario éxito, *La Caricatura*.

Fundada por Philipon, hombre de no vulgares condiciones artísticas y clarísimo ingenio, las gentes llegaron á disputarse las litografías de que iba acompañado el texto. Con Philipon, que trabajaba incesantemente y siempre en la brecha hacia, lapiz en mano, escarnio de las debilidades y los errores de la corte, habia en la redaccion de *La Caricatura* tres hombres hoy reputados como los mejores dibujantes epigramáticos de Francia, Monnier, Daumier y Gavarni.

El primero fué discípulo de Girodet; ya en el estudio del maestro dejó adivinar lo que más tarde habia de ser. Mientras sus compañeros se esforzaban en dibujar segun las lecciones y los preceptos de la época, Monnier se entretenia en hacerles retratos ridiculizándolos juntamente con sus obras. En los últimos años de la Restauracion estuvo muy en boga. Su ironía es cruel, nada perdona, en todo se ensaña; vé con serenidad, juzga friamente y ataca con una osadía sin ejemplo. Su obra es considerable, y lo mejor de ella está reunido bajo el título de *Escenas populares*. De estas forman parte *La novela en la portería*, *La comida del bourgeois*, *El viaje en diligencia* y *Juan Hiroux*; pero lo que más fama le dió fueron las *Memorias de José Prudhome*, tipo magistralmente concebido que es hoy la personificación de la clase media en lo que tiene de ignorante, pretenciosa y egoísta. Un rostro que refleja la imbecilidad, una mirada no exenta de malicia, un abdomen en que se adivina al pancista de oficio, anchas espaldas, piernas cortas y piés juanetudos, tal es *José Prudhome* en cuanto á lo físico: su parte moral requiere detenido estudio. Si leyendo á Enrique Murger os hallais, en sus admirables *Escenas de la vida de Bohemia*, frente de un caballero que encargando á un artista su retrato, exige que se empleen colores finos; si dais con un ente que, cuando se trata de política, habla de los que tienen *algo que perder* indignándose al declarar enfáticamente, que están desconocidas las ideas de moral y de justicia; si entrando en su casa notais el mal gusto cubierto de oro en todas partes; si al tratar de dar una carrera á un hijo veis á alguno resistirse á que cultive las letras, porque *no producen nada*; si, finalmente al casar una hija se os aparece azorado en busca de alguien que, aun-

que carezca de inteligencia, tenga *medios*, ese es *José Prudhome*; ha sido en otro tiempo tendero de ultramarinos, mancebo de covachuela, contratista de obras más tarde, quizá alcalde de su pueblo, diputado tal vez; es ahora amigo de la etiqueta y del buen tono, sus naturales enemigos de siempre: Enrique Monnier lo ha dibujado admirablemente; en las figuras que él trazaba parecen haber tomado cuerpo algunos engendros de la festiva musa de Paul de Kock.

Aquel artista ha dejado además otras buenas colecciones de caricaturas: *Nuevas escenas populares*, *El caballero de Clermont*, *Escenas de la vida del campo*, *Viaje á Holanda*, *La religion de los imbéciles*. Nacido en una época en que, poco más ó ménos como ahora, ni enriquecía el lápiz, ni la pluma sacaba á nadie de la miseria, Enrique Monnier tuvo mucho que trabajar para vivir siendo unas veces actor, como en 1831, ó escribiendo obras dramáticas, como en 1832. De todo sabia sacar partido su talento, y cuando el público dejaba de buscarle como dibujante se lo encontraba convertido en poeta ó cómico, no teniendo más remedio que aplaudirle allí donde le hallára.

Su compañero Daumier es hoy considerado como el primer dibujante de la Francia de nuestros días. Nació en Marsella en Febrero de 1808: su padre, que fué vidriero durante algunos años y dependiente más tarde de una librería, le dió una educacion literaria y superior á los recursos de que disponia. Mostró Daumier más afición al dibujo que á las letras y una vez dedicado á él de lleno alcanzó pronto gran reputacion. En Agosto de 1830, publicó *La Caricatura* un suelto dando á sus lectores cuenta de la prision de Daumier, que acababa de publicar en aquel periódico un dibujo contra Luis Felipe y desde entónces el público, que suele convertir en auréola la persecucion política, no cesó de estimularle para que signiera por aquel camino y tanto le aplaudió, tanto pareció deleitarse con sus obras, que cuando éstas le ocasionaban multas ó prisiones, nunca faltaba quien se las pagara ó le facilitase los medios para escaparse de la cárcel.

Como dice muy bien un autor moderno, Daumier, formó el proceso de la monarquía doctrinaria de Luis Felipe; su compañero Philipon le componia las frases que habia de poner al pié de las caricaturas y, entre la acerada intencion de uno y la vigorosa